

**TRAMITAR Y MOVILIZAR: ETNOGRAFÍA DE MODALIDADES DE ACCIÓN  
POLÍTICA EN EL GRAN BUENOS AIRES (ARGENTINA)**

**Virginia MANZANO<sup>1</sup>**

**Resumen**

Este artículo analiza modos de acción política configurados en torno al Estado, que se distinguen por la personalización y la movilización colectiva. Partiendo de una etnografía en el Gran Buenos Aires, se afirma que las ocupaciones de tierras se transformaron en un modelo de acción política que es retomado en distintos contextos históricos. Asimismo, se señalan límites analíticos de estudios inspirados en la categoría de nuevos movimientos sociales así como de aquellos que se concentran exclusivamente en relaciones interpersonales.

**Palabras clave:** Movilización colectiva. Estado. Líderes barriales. Ocupaciones de tierras. Desocupados.

---

<sup>1</sup> Investigadora Asistente del CONICET en el Instituto de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires. Docente Regular del Departamento de Ciencias Antropológicas y de la Maestría en Antropología Social, Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Dirección Postal: Puan 470, 4° oficina 409 (1406) Ciudad de Buenos Aires. Dirección electrónica: [virginiamanzan@gmail.com](mailto:virginiamanzan@gmail.com)

*Fecha de recepción del artículo: Febrero 2013*

*Fecha de evaluación: Abril 2013*

### **Abstract**

This article analyzes political action modes shaped towards the State, distinguished by personalization and collective mobilization. Based on an ethnographical study in Gran Buenos Aires, this paper states that land occupations were turned into a political action model which is picked up on different historical contexts. It also identifies the analytical limits of those studies inspired by the new social movements' category, as well as of those exclusively focused on interpersonal relationships.

**Keywords:** collective mobilization. State. Neighbourhood leaders. Land occupations. Political action.

### **Resumé**

Cet article analyse les modalités d'action politiques au tour de l'état, caractérisés par leur personalization et leur action collective. À partir d'une ethnographie dans la banlieue de Buenos Aires, on affirme que les occupations des terres sont devenues un modèle d'action politique repris dans différents contextes historiques. Au même temps, on signale les limites analytiques des études inspirées dans la catégorie de mouvements sociaux et des travaux qui centrent exclusivement dans les relations interpersonnelles.

**Mots-clés:** Mobilisation collective. État. Leader du quartier. Occupations des terres. Chômeurs.

### **Introducción**

Desde la década del ochenta del siglo XX, pobladores del Gran Buenos Aires se involucraron en ocupaciones de tierras para construir viviendas, en etapas de implementación de políticas estatales y en movimientos de desocupados/piqueteros (Manzano, 2007; 2011). Al tomar parte de esos procesos, se han relacionado con el Estado en diversos modos: presentan demandas en formato de trámites estandarizados en ventanillas burocráticas de edificios públicos. Aseguran con presencia diaria y corporal en entes oficiales la circulación administrativa y la resolución de sus causas, entre otras, pavimentación e iluminación de calles, recolección de residuos, personería jurídica para sus entidades, sanción de leyes de expropiación sobre tierras ocupadas, o vacantes en programas de empleo para desocupados. Lideran acciones de confrontación abierta tales como *tomas* de edificios públicos, cortes de ruta, acampes en plazas y parques, o manifestaciones hacia lugares políticos estratégicos. Gestionan colectivamente recursos

monopolizados por el Estado y distribuidos mediante políticas laborales, alimentarias, educativas y sanitarias. Y, de manera reciente, se incorporaron en calidad de militantes de movimientos sociales en áreas gubernamentales, invistiendo ambiguamente sus prácticas de autoridad estatal (Perelmiter, 2010).

Las formas que adoptan las relaciones entre poblaciones organizadas colectivamente y el Estado suponen un problema de relevancia para estudios académicos sobre acción política, especialmente cuando se abordan temas como movimientos sociales.

En este punto se insistió sobre el carácter estratégico de las políticas sociales en tanto institucionalizan y subordinan movimientos sociales disruptivos –como el movimiento de desocupados- a partir de la negociación y la mediación en la distribución de recursos (Svampa y Pereyra, 2003; Delamata, 2004). Los programas estatales también fueron considerados “presas” para antiguos trabajadores que, convertidos en pobres, actúan con la “lógica del cazador urbano”, guiándose hacia la captura bienes que dispensan ONGs o diversas instancias gubernamentales (Merklen, 2005). En esta línea, la incorporación de militantes de movimientos sociales en ámbitos del Estado fue interpretada como parte de un razonamiento calculado, cuya finalidad sería obtener beneficios para las organizaciones de pertenencia pactando la desmovilización y el apoyo a políticas de gobierno. Al mismo tiempo, fue entendida como resultado de estrategias de dominio tendientes a rehabilitar la normalidad institucional quebrada con las protestas sociales de diciembre de 2001 en Argentina (Gómez, 2009).

Esta visión instrumental, extendida tanto sobre el vínculo entre movimientos sociales y Estado como sobre las lógicas de acción de los sectores populares en el Gran Buenos Aires, hunde sus raíces en elaboraciones teóricas más amplias sintetizadas en los conceptos de acción colectiva y nuevos movimientos sociales.

La acción colectiva contenciosa suele definirse en tensión con la política institucional y las rutinas cotidianas, siendo este uno de los aportes que distingue a los estudios estadounidenses sobre procesos políticos (McAdam, Tarrow y Tilly, 2001). Para este esquema analítico, la dinámica de la política contenciosa reúne a personas que carecen de acceso regular a las instituciones y que actúan en nombre de reivindicaciones nuevas o no aceptadas; se trata de una acción disruptiva que asume la forma de desafío a las elites, autoridades y otros grupos; es pública e interrumpe, obstruye e introduce incertidumbre en las actividades de otros (Tarrow, 1997; Tilly, 2000). El sistema político –que incluye al Estado- constituye un punto de referencia clave para la acción contenciosa pero también cuenta con la capacidad para desmovilizar ciclos de protesta, desarrollando estrategias tales como la “cooptación” de líderes y la institucionalización de la acción disruptiva.

En el caso de los estudios sobre nuevos movimientos sociales, inspirados en corrientes posmarxistas europeas, los movimientos se definen por el conflicto que expresan, que es aquel ligado a la transformación de las relaciones sociales de dominación social ejercidas sobre los recursos culturales, la producción, el conocimiento y las reglas éticas; sintéticamente se trata de un conflicto sobre la historicidad (Touraine, 1984). De este modo, el movimiento social se diferencia de las luchas sociales; estas últimas entendidas como conflictos centrados en la redistribución, cuyo exponente central era el movimiento obrero, y unificadas por un agente exterior, el partido político, que orientaba la acción hacia la conquista del Estado antes que hacia la transformación de relaciones sociales. En este marco, el Estado se ubica fuera y en oposición a movimientos sociales que procuran transformar regiones de la vida cotidiana, asimismo, es estimado esencialmente peligroso para las prácticas de autonomía y de transformación de la historicidad. En vinculación con esto, actores precisados como clásicos -el movimiento obrero y urbano- son asociados a reivindicaciones instrumentales que limitan la capacidad de cambio social y que profundizan la subordinación al poder estatal.

Estas interpretaciones imprimieron la reflexión académica de investigadores latinoamericanos, quienes preocupados por la participación política popular en el contexto histórico especificado como “transición democrática” -inicios de la década del ochenta del siglo XX tras la caída de los regímenes dictatoriales en gran parte del continente- ponderaron el aporte de los nuevos movimientos sociales ante la crisis del Estado capitalista pero fundamentalmente de sus alternativas revolucionarias. Un acusado consenso intelectual destacó que la “cultura política de occidente” se orientaba por principios racionalistas, universalistas e individualistas; en contraste, la cultura política dominante en América Latina se caracterizaba por el control de esos principios con el fin de excluir políticamente a otros en sociedades jerárquicas y desiguales, afirmándose la indistinción entre el ámbito público y el privado; el favoritismo y el personalismo; el clientelismo y el paternalismo; la política como actividad de las elites, y la incorporación de las masas en proyectos populistas que limitaban su participación autónoma debido a la relación subordinada con los líderes políticos (Alvarez, Dagnino y Escobar, 1998). Con profundo optimismo, se celebraba la autonomía atribuida a los nuevos movimientos sociales respecto de partidos políticos así como también la construcción de estructuras participativas que, se suponía, contribuirían a la democratización del Estado y del sistema político en general (Jelín, 1987; Calderón, 1995).

Por su parte, estudios etnográficos en el Gran Buenos Aires proyectaron otra imagen acerca de la relación entre movimientos sociales y Estado; distinta de aquella visión instrumental extendida e inspirada en esquemas conceptuales más proclives a definir reglas con el objeto de

separar analíticamente movimientos, partidos y Estado (Manzano, 2007; Quirós, 2006, 2011). Esto quizá guarde correspondencia con el enfoque más general desde el cual la antropología intenta restituir el campo social y político en el que se inscriben episodios de movilización colectiva (Manzano, 2007). Es así que la mayor parte de las investigaciones antropológicas en este tema, aun con orientaciones teóricas disimiles, desplaza la atención exclusiva otorgada a los movimientos sociales, la acción colectiva o el Estado como entidades separadas que entran en relación (instrumental), para dar cuenta de tramas relacionales que forman histórica y culturalmente a esas entidades como escindidas (Manzano, 2007; Grimberg, Hernandez y Manzano, 2011).

Más allá de compartir un enfoque general, las distintas perspectivas teóricas que diversificaron los abordajes en la antropología de la política desde la década del setenta también se pusieron de manifiesto en estudios sobre movimientos y Estado. En algunos casos, el esfuerzo consiste en atender al ejercicio de la política y las representaciones sociales mediante discursos y teorías nativas, abrevando en las propuestas de Durkheim, Weber y Elias (Gaztañaga, 2009). En esta dirección, para el caso del Gran Buenos Aires, se recortaron como objeto de estudio las relaciones interpersonales que inscriben la participación tanto en movimientos de desocupados como en el universo peronista, mostrando que la vida de las personas no estaba escindida entre piqueteros y peronistas, es decir, entre lo que la literatura académica preponderante concibe como nuevo movimiento social vs. clientelismo (Quirós, 2006, 2011).

En mi propio trabajo estudié esas experiencias cotidianas que aparecen como relaciones interpersonales pero vinculándolas con procesos históricos y políticos más globales; es decir, abordando la historicidad de las relaciones entre poblaciones organizadas colectivamente y el Estado. En ese sentido, adhiero a la visión de las relaciones sociales en tanto que procesos de hegemonía (Gramsci, 1997), entendiendo a la sociedad como campo de fuerza societal (Thompson, 1984; Roseberry, 1994; Grimberg, 1997). Con este punto de partida, focalicé mi investigación antes que en el movimiento, el partido o el Estado, en los modos de disputar, demandar, negociar y concertar con autoridades gubernamentales.

En este artículo, entonces, analizo cómo se configuran modalidades de acción política en el Gran Buenos Aires *desde y contra* el Estado. Sostengo que las ocupaciones de tierra que tuvieron lugar en la década del ochenta se convirtieron en un modelo central de vínculo con el

Estado, que se actualiza en el marco de cambiantes correlaciones de fuerzas sociales a través de la trayectoria de *líderes, dirigentes o referentes*<sup>2</sup> barriales.

En el momento histórico de mi investigación en el distrito de La Matanza, durante los años 2000 y 2006, personas que habían participado de ocupaciones de tierra se habían convertido en líderes o activos integrantes del movimiento de desocupados. Los encuentros que mantuve con ellos, mediante entrevistas en profundidad –un total de cincuenta grabadas-, observación participante y recopilación de fuentes secundarias, me permiten afirmar que la población organizada colectivamente se vincula con el Estado a través de tramitaciones cotidianas y demostraciones situacionales de fuerza. De manera que procuro mostrar, intentando resituar el énfasis otorgado etnográficamente a las relaciones interpersonales, el trabajo colectivo ensamblado de grupos domésticos y asociaciones barriales para producir vínculos con el Estado. A la vez, analizo cómo a lo largo del tiempo se combinan aprendizajes en proceso y situación que retoman tradiciones de organización colectiva, operatorias de partidos políticos y pedagogías de la propia acción estatal condensada en el dispositivo de las políticas públicas. Con esto último pretendo sortear los límites impuestos por la distinción analítica entra acción colectiva, partido, Estado, o, en otros términos, entre política de los nuevos movimientos sociales y clientelismo. Como resguardo metodológico, en el desarrollo que sigue cambié el nombre de barrios y personas con el objeto de preservar la confidencialidad pautada en la investigación.

### **“Un piquete es como una ocupación de tierras”:**

El escenario de mi investigación etnográfica ha sido el partido de La Matanza, ubicado en el centro-oeste del Gran Buenos Aires. Es el distrito más poblado de Argentina detrás de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, contabilizando un total de 1.775.816 habitantes en el último Censo Nacional de Población y Vivienda del año 2010<sup>3</sup>. Entre 1930 y 1960, se convirtió

---

<sup>2</sup> Categorías tales como *dirigentes o referentes* barriales eran utilizadas en los barrios en los cuales realicé trabajo de campo para dar cuenta de líderes locales. En otro trabajo (Manzano, 2007), analicé las distintas tradiciones políticas en las que se inscriben estos términos y cómo eran puestas en acto en el movimiento de desocupados. En este artículo emplearé de manera indistinta ambas categorías porque no afecta el argumento central de esta propuesta.

<sup>3</sup> De acuerdo con los datos del mencionado censo, la Ciudad Autónoma de Buenos Aires cuenta con 2.890.151 habitantes. En cuanto a las principales ciudades de las dos provincias más pobladas de Argentina detrás de Buenos Aires, como son Córdoba y Santa Fé, se contabilizaron 1.329.604 habitantes

en una zona obrera, a través de la instalación de grandes plantas industriales de rubros automotriz, metalúrgica y textil, radicándose firmas tales como Chrysler-Fevre (1946) y Mercedes Benz (1952). En consonancia con ese impulso industrial, evidenció un crecimiento poblacional sostenido desde mediados de la década del cuarenta, que tuvo como una de sus facetas más sobresalientes la atracción de contingentes migratorios de diversas provincias de Argentina. En ese sentido, los datos de los censos nacionales de población y vivienda resultan elocuentes: de 98.470 habitantes registrados en el censo de 1947 a 401.738 en 1960. De manera articulada, se lotearon extensiones rurales para la conformación de barrios urbanos habitados por trabajadores industriales y floreció una trama asociativa ligada tanto a la urbanización de esos espacios (sociedades de fomento, clubes, etc.) como a la recreación de la identidad de origen de los pobladores, proliferando centros de residentes provincianos.

En el año 2000, cuando inicié mi investigación en esa zona, la imagen de La Matanza se desplazaba desde la evocación de su identidad obrera hacia el reconocimiento social como “Capital Nacional del Piquete”. La nueva identificación se vinculaba con el aumento en los índices de desempleo y pobreza<sup>4</sup> -como consecuencia de la implementación de políticas de orientación neoliberal y de desindustrialización-, pero, fundamentalmente, con los bloqueos (piquetes) de la ruta nacional 3 que protagonizaban miles de personas inscriptas en organizaciones de desocupados en demanda de programas de empleo y alimentos para la población desempleada.

Los bloqueos de ruta o piquetes duraban entre seis y dieciocho días, tiempo en el cual las personas permanecían debajo de carpas –estructuras hechas de palos, nailon y lonas- montadas en hilera a lo largo de seiscientos metros.<sup>5</sup> Quienes dieron vida a los piquetes se inscribían mayormente en dos organizaciones que de ahí en adelante lograrían reconocimiento público: la “Red de Barrios”, perteneciente a la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat (FTV, de ahora en adelante), a su vez integrante de la Central de Trabajadores de Argentina (CTA, de ahora en adelante), y la Corriente Clasista y Combativa (CCC, de ahora en adelante). También participaron gremialistas de áreas de salud y educación, incorporados a la CTA, religiosos orientados por la Teología de la Liberación, y militantes de agrupaciones peronistas o de partidos políticos de izquierda (trotskistas, maoístas, leninistas y guevaristas).

en la Ciudad Capital de Córdoba y 1.193.605 en Rosario –Santa Fé-.

<sup>4</sup> En el año 2001, sobre un total de 575.654 personas que formaban la población económicamente activa de La Matanza, el 17, 5 % eran desocupados abiertos (100.739 personas) y el 15,2 % eran subocupados (87.499 personas). Datos de Consultora Equis.

<sup>5</sup> En un trabajo previo describo pormenorizadamente lo que definí como forma-piquete (Manzano, 2007).

Integrantes de la CTA bautizaron a los piquetes con el nombre “*Asentamiento Germán Abdala*”, en homenaje a un sindicalista fallecido.<sup>6</sup> En varias conversaciones y entrevistas que mantuve con ellos me preguntaron si yo había estado en una “toma de tierras”. Ante mi negativa, Selva, integrante de una comunidad eclesial de base y miembro de la FTV, respondió: “*Un piquete es como una ocupación de tierras*”, y me señaló sus aspectos comunes: “*La gente llega con lo poco que tiene, se instala en los terrenos, levanta una carpa de lona y nailon, o un ranchito de cartón, y si se va, tiene que dejar a algún pariente para que no le saquen el lugar*”. Más allá de las diferencias y semejanzas, el modelo de la ocupación de tierras se reactualizó en el piquete tanto a partir de la trayectoria de los dirigentes de la FTV y la CCC como de un gran número de personas que provenían de asentamientos formados en el distrito de La Matanza durante los años 80 (Manzano, 2007).

La participación en ocupaciones de tierras se transformó en una experiencia clave y sumamente valorada en el marco de estrategias sindicales que, frente al aumento del desempleo, promovían desplegar la intervención gremial tanto en el espacio fabril/productivo como en el ámbito territorial/barrial. Fue así que maestros de escuela nucleados en la CTA establecieron nexos entre los principales líderes de las ocupaciones de tierras de La Matanza y gremialista de esa central sindical. Como parte de los acuerdos alcanzados, en el año 1997 se efectuó un encuentro en el distrito de La Matanza en el que se formó una Junta Promotora cuya misión fue articular una entidad de alcance nacional para reunir organizaciones dedicadas al tema tierra y vivienda. El resultado de dicha misión fue la convocatoria el 18 de julio de 1998 al Congreso Fundacional de la FTV.

El barrio El Campo de La Matanza, formado en el año 1986 mediante una ocupación de tierras que fuera estudiada en detalle por las ciencias sociales (Merklen, 1991), se convirtió en el centro político nacional de la FTV. En su origen se trató de una ocupación impulsada por integrantes

---

<sup>6</sup> Germán Abdala murió el 13 de julio de 1993, cuando tenía 38 años de edad, a causa de un cáncer localizado en la base de su columna vertebral, que durante años lo había obligado a moverse en silla de ruedas. Fue pintor de autos en la Secretaría de Minería de la Nación y en esa dependencia fue electo delegado, posteriormente, junto con Víctor De Gennaro formaron una agrupación sindical que ganó la conducción de la Asociación de Trabajadores del Estado. En la década de los setenta, había iniciado su militancia en el peronismo y durante la última dictadura militar participó activamente en Organismos de Derechos Humanos. Integró la nómina de diputados nacionales en la lista que llevó como candidato a presidente a Carlos Menem en el año 1989, pero junto con otros siete legisladores peronistas conformaron un grupo (“el Grupo de los Ocho”) para oponerse a las medidas neoliberales adoptadas por el gobierno, como la privatización de los ferrocarriles.

de Comunidades Eclesiales de Base (CEBs), quienes mantenían vínculos con protagonistas de las primeras *tomas de tierras* en la zona sur del Gran Buenos Aires en 1981<sup>7</sup> y con militantes del Servicio de Paz y Justicia (Serpaj). La organización se basaba en delegados por manzana, articulados en un cuerpo de delegados que representaba a todo el barrio. Además, se crearon comisiones especiales encargadas de las tramitaciones requeridas para obtener la titularidad de la tierra y de otras demandas, como la construcción de una escuela primaria, un jardín maternal y un centro de salud.<sup>8</sup>

El barrio El Campo así como también aquellos conformados en el año 1981 en la zona sur del Gran Buenos Aires pasaron a simbolizar la capacidad de organización de los sectores populares, revelada en novedosos niveles de planificación colectiva en comparación con una forma de hábitat popular característica de la región como son las villas de emergencia. Para una buena parte de los estudios académicos, esas ocupaciones exponían nuevos actores sociales, autónomos de partidos políticos y del Estado, a la vez que puntualizaron la filiación con los movimientos de trabajadores desocupados de la década del noventa (Svampa y Pereyra, 2003; Merklen, 2005).

Como muestran trabajos dedicados a la problemática urbana (Cravino, 2006), pocas fueron las ocupaciones de tierra que siguieron el modelo revalorizado tanto en estudios sobre movimientos sociales como en estrategias político-sindicales, puesto que numerosos asentamientos se conformaron debido a iniciativas de funcionarios pertenecientes a gobiernos municipales en el Gran Buenos Aires. En este sentido, en mi propia investigación identifiqué barrios constituidos a través de ocupaciones de tierras organizadas por personas conectadas con autoridades del gobierno de La Matanza. Esos barrios también se transformaron en sedes sumamente activas y centrales de movimientos de desocupados. Por ello, entiendo que desplazar la atención de las ocupaciones como expresión de estrategias colectivas atribuidas a nuevos movimientos sociales permite apreciar cómo el Estado permeó esos procesos y cómo se fueron sedimentando aprendizajes sobre dimensiones de la acción política. Son estos aspectos los que intentaré

---

<sup>7</sup> Diversas investigaciones señalan que integrantes de Comunidades Eclesiales de Base impulsaron las primeras “tomas de tierra” entre los años 1981 y 1982 en la zona sur del Gran Buenos Aires, específicamente en una franja fronteriza entre los partidos de Quilmes y Almirante Brown, que comprende las localidades de San Francisco Solano y Rafael Calzada. Para un análisis detallado puede consultarse Aristizábal e Izaguirre, 1988; Merklen, 1991; y Cravino, 2006.

<sup>8</sup> En esta descripción me baso en testimonios recogidos en mi trabajo de campo, en el estudio de Merklen (1991) y el diario *Clarín*, 14/2/86.

reconstruir etnográficamente en los próximos apartados a través de mi trabajo de campo en los barrios Tierra Nuestra y Santa Emilia.

### **La *pelea* por la tierra, la *lucha* por la tierra: Más allá del clientelismo**

Los barrios Tierra Nuestra y Santa Emilia compartían elementos comunes que, a su vez, los diferenciaban de El Campo. Ambos se conformaron en ocupaciones de tierras que se iniciaron en 1983, en terrenos de un mismo propietario, donde habían funcionado hornos de fabricación de ladrillos, estancias y quintas. Los relatos de origen enfatizan arribos familiares escalonados en el tiempo así como también personalidades ligadas al gobierno local que impulsaron el acceso a la tierra.

En el barrio Tierra Nuestra, en el mes de abril de 2002, conocí a Violeta, quien en aquella época, integraba la FTV, participaba activamente de cortes de ruta, trabajaba en un bloque partidario del Concejo Deliberante de La Matanza y coordinaba la contraprestación de ciento treinta beneficiarios de programas de empleo conquistados a través de los piquetes<sup>9</sup>. Como era común en todas las sedes donde funcionaban movimientos de desocupados, siendo gran parte de ellas las viviendas de los propios referentes/dirigentes, los beneficiarios de esas políticas cumplían cuatro horas diarias de labores a cambio de una suma monetaria mensual en tareas tales como cocinar y servir alimentos en comedores comunitarios o copas de leche, entrenarse en proyectos de herrería, carpintería, panadería, textiles o manualidades, atender en centros sanitarios y escuelas, o mejorar el equipamiento urbano –limpiar calles, desmalezar zanjas, reparar paradas de autobuses, etc.-.

En el transcurso de nuestro primer encuentro, Violeta envió a una de sus hijas por Mauricio, un vecino, habitante del terreno contiguo, con quien había iniciado la *pelea* por la tierra. A lo largo de dos años, en conversaciones informales y entrevistas grabadas, rememoraron conmigo, entre otras tantas cuestiones, los orígenes del barrio y las distintas facetas de la *pelea* por la tierra. Violeta y Mauricio poseían cierto entrenamiento en recordar esa *pelea*, lo habían hecho en

---

<sup>9</sup> Desde el año 1996 se generalizaron intervenciones estatales conocidas como políticas activas de empleo, que financiadas con fondos provenientes de Organismos Internacionales de Créditos, distribuían una suma de dinero, inferior al monto del salario mínimo, destinada a personas en situación de pobreza y desempleo a cambio de la contraprestación de cuatro horas de trabajo diarias en proyectos de utilidad social o comunitaria. Esos programas se transformaron en la principal demanda del movimiento de desocupados. Un análisis detallado de estas políticas se encuentra en Manzano, 2007.

foros, en intercambios con integrantes del movimiento Sin Tierra de Brasil y en entrevistas con otros antropólogos.

A un kilómetro de distancia de Tierra Nuestra, se encontraba Santa Emilia. Cuando visité por primera vez ese barrio, también el año 2002, observé que allí se había constituido el centro político nacional del movimiento de desocupados de la Corriente Clasista y Combativa. Los integrantes de la Junta Vecinal, protagonistas de la *lucha* por la tierra, se encontraban *luchando* con los desocupados. En ese contexto, los testimonios acentuaban el compromiso asumido con la *lucha*, que iniciada en la demanda de tierra se fundía en un proceso continuo que los encontraba como presidentes y vicepresidentes nacionales de la CCC, como expertos en el manejo de programas estatales, como integrantes de las mesas de negociación con funcionarios ministeriales, como figuras públicas en los medios de comunicación masiva, y como difusores de las ideas del movimiento en encuentros internacionales que incluían viajes a Francia, Venezuela y Cabo Verde, entre otros lugares.

Como mencioné previamente, los relatos sobre el origen de Tierra Nuestra y Santa Emilia enfatizaban el arribo familiar y la tarea de personas vinculadas políticamente con funcionarios del gobierno municipal. Violeta recordaba con ciertas dudas que había sido el presidente de la primera Comisión Vecinal quien *vendía* los terrenos: “*bueno, en realidad, bah, en realidad vender, en aquel tiempo te los cobraba 10 pesos creo, no*”. Una vez que las personas pagaban por el terreno, prosigue Violeta: “*median el lugar que vos querías y te entregan eso, por ejemplo son de 10 x 30, el mío es de 10 x 30, en las esquinas casi todos son de la 10 x 20*”. La figura del primer presidente se recuperaba atendiendo a la valentía para formar y sostener un asentamiento así como también al aval del gobierno municipal con el que disponía: “*ese muchacho fue guiado de adentro del municipio, tuvo desde adentro un aval para que el pudiera hacer el asentamiento. Estaba bancado políticamente por el que era el coordinador de tierra de Matanza, lo había bancado desde afuera, no era adentro del lugar*”, sentenciaba Mauricio.

De un modo similar, aunque con algunas variaciones, integrantes de la Junta Vecinal de Santa Emilia, como Ramón, relataban:

“Yo estaba trabajando, estaba en un trabajo de albañilería y me dicen: ‘Ahí en el Veinticinco [kilómetro 25 de la ruta 3, VM] están dando terrenos’. (...). Entonces me voy a la Secretaría y estaba María Elena y ella dice: ‘anda allá, que hay una comisión, anda y pedí allá’. En la comisión eran parientes de María Elena y estaban cargados de terrenos. Bueno, vengo acá y me dan. Yo vengo como agarraban todos, ponían una estaquita y ya estaba el terreno, qué sé yo. Me dieron uno del otro lado, más para allá. Al otro día vengo y estaba todo ocupado. Entonces quedaba esta parte

y campo. Y un pariente de María Elena me dice: ‘Venite tal día que vamos a tomar allá’. Fuimos una banda, y él decía: ‘de acá para acá vos’ y así íbamos agarrando los terrenos. Y dije de acá no me mueve nadie, y me quedé montando la guardia.”

Dora, otra pobladora de Santa Emilia, con relación a la operatoria de personas vinculadas con el gobierno municipal, detallaba:

“María Elena fue la que impulsaba a que tomáramos, nosotros tomamos los terrenos, y empezamos a meternos de a poco, lo que si no se dejó nunca que se hiciera villa, cada terreno que se deba era medir, 10x 30, 10 x20, cada uno y cerrar, y no hacer villa, porque si no iba a ser un desastre, eso fue una gran pelea con la gente, no dejar hacer villa.”

El conjunto de los registros de mi trabajo de campo permiten sostener que fueron personas ligadas al gobierno local quienes controlaron los alcances del sistema de acceso a la tierra, asignando y delimitando predios. Los pobladores arribaron progresivamente a Tierra Nueva y Santa Emilia desde marcos de relaciones familiares, laborales y vecinales. En ambos casos, detentan un conocimiento preciso sobre la medición de la tierra parcelada -10X20, 10x30, 10x40-, como expresión de intenciones de constituir un barrio distinto, al menos desde el punto de vista de la tipología urbana, a la experiencia histórica de las villas de emergencia, tal como señalaron investigaciones en temática urbana para casos similares (Cravino, 2006).

Barrios como Tierra Nueva y Santa Emilia fueron escasamente explorados en ciencias sociales comparativamente con la atención que concitaron experiencias como El Campo y los asentamientos de la zona sur del Gran Buenos Aires. Asimismo, cuando fueron abordados se indicó que el origen de esas urbanizaciones se inscribía en relaciones de clientelismo político y en la lucha entre facciones del Partido Justicialista en el Gran Buenos Aires (Cravino, 2006). La omisión como la imputación de causales ajustadas al clientelismo y el faccionalismo quizás guarden relación con lo que la antropóloga Julieta Quirós define como hábito epistemológico de las ciencias sociales en el estudio de la política popular, el cual se sostiene en dos imágenes: de un lado, la política contenciosa o beligerante de los movimientos sociales, la protesta social y la acción colectiva; del otro, la política partidaria, del peronismo y sus redes clientelares (Quirós, 2011). Para Quirós se trata de imágenes definidas relacionalmente, mientras que la política beligerante sería la buena política; la de la lucha, el compromiso, y la transformación social; la política del clientelismo sería la mala política; la del intercambio instrumental, la manipulación, y la reproducción. Como señalé en la introducción a este artículo, considero que las condiciones

sociales del contexto signado como de *transición a la democracia* modelaron este hábito epistemológico, así, una extendida mirada a base de dicotomías limitan explicaciones y expectativas sobre la política protagonizada por los sectores populares.

Con relación a esto, los procesos de ocupación de tierras que originaron barrios como Tierra Nuestra y Santa Emilia suelen asociarse con la “mala política”, del clientelismo y el faccionalismo, por lo tanto omitidos en estudios sobre la política de la acción colectiva. A diferencia, lugares como El Campo se esgrimen como producto de la política contenciosa y del compromiso, inscribiéndose y actualizándose en tradiciones políticas, sindicales y académicas. Este contrapunto analítico representa un obstáculo puesto que simplifica la complejidad de la acción política que se elabora combinando aprendizajes múltiples y que se encuentra permeada por modos históricamente estandarizados de vínculo con el Estado.

Desde la óptica de los pobladores, con el arribo al barrio se iniciaba la *pelea* o la *lucha* por la tierra. En una oportunidad Violeta aseveraba: “*Y, bueno ahí empezaba tu pelea, de todos los días. Esto era algo que era un campo totalmente, y bueno, tenías que empezar de cero, no?*”. En coincidencia, Adelina, una habitante de Santa Emilia y Vicepresidenta nacional de la CCC, también sostenía: “*Era un campo, inhabitable, no teníamos colectivos, no teníamos luz eléctrica, se inundaba, no teníamos calles, no teníamos veredas, era un campo rural. A partir de ahí, nos instalamos y empezamos la lucha*”

Los habitantes de Tierra Nuestra y Santa Emilia protagonizaron colectivamente el proceso de urbanización de la tierra ocupada a partir de la extensión del tendido eléctrico, la perforación del suelo para la obtención de agua, la apertura de calles, el pedido de circulación de transporte público de pasajeros, la limpieza de arroyos, la recolección de residuos, y la construcción y equipamiento de escuelas y centros sanitarios.

La regularización de la tenencia de la tierra habitada y urbanizada se convirtió progresivamente en una de las principales demandas de los pobladores ante el Estado. En el año 1989, Violeta y Mauricio fueron designados coordinadores en el Programa Alimentario Integral y Solidario (PAIS), dependiente del entonces Ministerio de Acción Social de la provincia de Buenos Aires. Violeta inicialmente fue seleccionada como coordinadora de un grupo de cinco familias y luego elegida coordinadora de todos los grupos PAIS que funcionaban en el barrio Tierra Nuestra. Mediante una carta poder, las familias delegaban en los coordinadores la percepción del importe monetario que el gobierno provincial destinaba para acceder a productos comestibles. Los grupos se reunían, organizaban compras comunitarias, recorrían negocios mayoristas buscando precios accesibles y repartían la mercadería adquirida por “bultos” de acuerdo con la cantidad de integrantes del grupo familiar. Para Violeta, la participación en esa política estatal

representaba una inflexión en su trayectoria, recurrentemente afirmaba: “*Yo empecé a crecer con lo que fue el PAIS*”.

En el marco de implementación de ese programa, uno de los trabajadores sociales contactó a Violeta y Mauricio con promotores de un organismo denominado Ente del Conurbano Bonaerense<sup>10</sup>, quienes procuraban establecer nexos con líderes barriales para presentarles una política destinada a la expropiación y la compra de las tierras que habían sido ocupadas irregularmente, como era el caso de Tierra Nuestra. Con el asesoramiento y apoyo de los promotores -varios de ellos militantes peronistas-, Violeta y Mauricio formaron una entidad inscripta como sociedad de fomento, la cual les concedió un aval frente al Estado de cara a las gestiones requeridas para obtener la regularización de la tenencia de la tierra. A través de la sociedad de fomento emprendieron la *pelea* por la tierra y por servicios urbanos, como electricidad, transporte y escuelas. Esto resultó ser una tarea sumamente compleja y riesgosa, teñida de innumerables disputas con los integrantes de la primera Comisión Vecinal, así rememoraba Mauricio:

“Nos hicieron la guerra habida y por haber, usaron filtros en La Plata, en la Secretaria de Obras Publicas de La Plata, usaron filtros para amenazarnos a nosotros. Un día estábamos en una reunión con un tipo y te lo digo con textuales palabras, que el tipo usó, se había generado una discusión fuerte, inclusive de voz elevada y el tipo sabes con que nos refutó, diciéndonos: ‘Que saben ustedes, si ustedes llegan vivos a Matanza’. Nosotros en el momento de calentura no le dimos cinco de bolilla, no reflexionamos sobre eso, pero después con el tiempo, si vos te ponías a pensar de La Plata hasta acá es un trayecto largo, son dos horas de viaje y el tipo muy friamente nos dijo: ‘que saben ustedes si llegan a Matanza’. Te digo eso, así como esas cosas, anécdotas, muchas, muchas. Como ella decía [Refiriéndose a Violeta, VM] pedís una máquina no te dan respuesta: ¿sabés la cantidad de tarjetas de ingreso que tengo yo en la mesa de entrada de la municipalidad?”

Disputas que implicaron enfrentar partes del Estado entre sí –por ejemplo áreas del nivel local contra otras de la órbita provincial, o algunas secretarías con otras- y escaramuzas entre pobladores en el barrio que incluyeron pedradas, boicots y uso de armas de fuego.

---

<sup>10</sup> El Ente del Conurbano Bonaerense recibía su presupuesto del Fondo de Reparación Histórica del Conurbano Bonaerense. Este fondo destinado, prioritariamente a programas sociales, fue creado en 1992 por la Ley Nacional 24.073/92 de Reforma Impositiva. Se formó con el 10% de la recaudación del Impuesto a las Ganancias, girado directa y automáticamente para ser ejecutado y administrado por el gobierno de la provincia de Buenos Aires (Grassi, 2003).

En el caso de Santa Emilia, la Junta Vecinal se formó en el año 1987 como oposición a las iniciativas de aquellos integrantes de la primera comisión vecinal vinculada con funcionarios municipales. En cuanto a las estrategias desplegadas, Ramón me comentó:

“Nos metimos adentro nomás para desarticular. Y entramos en una comisión que era de obras, estaba a cargo de organizar los terrenos, medir, qué sé yo. Hicimos un festival grandísimo y como yo era tesorero, también de esa comisión, en el festival me dan toda la guita a mí. Ellos la querían para otra cosa, y nosotros se la gastamos, abrimos la calle. Contratamos una máquina y abrimos las calles, más o menos como teníamos el plan nuestro. Bueno, después se desarma y ahí armamos ya la contra”.

La formación de la Junta Vecinal respondió a estrategias elaboradas por antiguos militantes sindicales, algunos de ellos incorporados al Partido Comunista Revolucionario de Argentina de orientación maoísta. Alfredo, uno de los fundadores de la Junta Vecinal, había nacido en Uruguay, siendo muy joven participó de una huelga de los obreros de la carne en Montevideo, sumándose luego a uno de los partidos políticos que integraron el Frente Amplio de ese país, en una de las conversaciones que mantuvimos comentaba:

“Yo como militante ya traía una matriz, obviamente buscaba donde ir desarrollando las ideas que uno tenía, esto era un barrio en formación y ahí lo conozco a Juan Carlos. Con él, comenzó de a poquito mi inserción en lo que era la lucha por la tierra, por la salud, en el barrio.”

Juan Carlos, quien se transformó en el presidente de la Junta Vecinal, había iniciado su militancia en la década del 60 en sindicatos del rubro de la alimentación, en los años setenta se incorporó al Partido Comunista Revolucionario, y fue encarcelado durante la última dictadura militar. Una vez en Santa Emilia, Juan Carlos y Alfredo junto con otros pobladores, –que también tenían una trayectoria como delegados sindicales y muchos habían sido militantes en partidos de izquierda de sus países de origen: Uruguay, Chile y Paraguay– fundaron la Junta Vecinal. Ese barrio, entonces, se erigió como ícono del trabajo de “base” del Partido Comunista Revolucionario, y en él confluyeron diversos “profesionales” vinculados a esa fuerza partidaria (médicos, maestros, psicólogos, abogados, trabajadores sociales y estudiantes universitarios) con el propósito de impulsar diferentes acciones en torno a la salud, el cuidado y la protección de las mujeres, la alfabetización y la atención de niños y jóvenes.

Los datos relativos a las ocupaciones de tierras en los barrios analizados mostrarían la mixtura y combinación de lo que suele concebirse en enfoques preponderantes en ciencias sociales como

formas separadas: partido, movimiento y Estado. Además, indicarían la sedimentación de aprendizajes y la actualización de los mismos mediante la trayectoria de quienes progresivamente fueron tomando funciones de referencia, liderazgo y dirección. En particular, se combinaron acciones colectivas para urbanizar la zona, estrategias de diversos partidos políticos, como el Partido Comunista Revolucionario o sectores del peronismo con control de instituciones gubernamentales, e iniciativas estatales desplegadas en políticas alimentarias y de tierras. Esta combinación de elementos presenta una tonalidad específica de cara al Estado, especialmente, en modos de relación configurados a partir de la década del ochenta mediante la extensión de políticas alimentarias destinadas a familias con jefes de hogar desocupados o de bajos ingresos (Manzano, 2007) y de otras abocadas a la regularización de la tenencia de la tierra por medio del otorgamiento de títulos de propiedad (Cravino, 2006). Habiendo llegado a este punto, en el próximo apartado me concentraré en las modalidades de relación con el Estado.

### **Tramitar y movilizar: acerca de los vínculos con el Estado**

Un número reducido de pobladores, tanto en Tierra Nuestra como en Santa Emilia, asumió la rutina cotidiana encaminada hacia la regularización de la tenencia de la tierra. Entre las tareas sobresalía viajar varios días de la semana hacia la capital de la provincia de Buenos Aires (La Plata) donde se encuentran localizadas sedes gubernamentales con injerencia en la zona. Al retorno de cada viaje era común organizar reuniones informativas y visitar viviendas para difundir los avances en las “tramitaciones”.

La tarea cotidiana de tramitar el acceso a la titularidad de la tierra y demás tipo de bienes, entre otros vacantes en programas de empleo para desocupados, alimentos, construcción de escuelas y centros sanitarios, pavimentación de calles, agua potable y electricidad, se distingue por la *personalización*. Por un lado, un grupo reducido e individualizado de pobladores imprimen con su presencia cuasi diaria las dependencias estatales. Por otro, el Estado se personaliza en un conjunto de agentes gubernamentales, funcionarios ministeriales y representantes parlamentarios.

Mauricio y Violeta solían relatar el apoyo familiar para viajar hacia la capital provincial, enfatizando el sacrificio que reportaba esa tarea:

“Acá ella [refiriéndose a Violeta, VM] ponía el salario del marido, tanto para el viaje a La Plata, que era un costo económico, ir a La Plata, implicaba, discúlpame la palabra, cagarte de hambre, de frío en invierno, de sed en verano, porque era ir con el boleto justo, porque no se podía gastar una

moneda de más. Y eso que salías a la mañana y volvías a la noche, a veces con frustraciones porque ibas y no obtenías nada y eso viste te llevo a valorar el trabajo que uno hizo porque fue un sacrificio enorme”.

En Santa Emilia, los testimonios también referían al apoyo de parientes próximos pero valoraban sumamente la tarea desarrollada por aquellas mujeres quienes integraron la Subcomisión de Damas de la Junta Vecinal, puesto que organizaban rifas, fiestas, bailes, kermeses y venta de alimentos con el objeto de recaudar la suma de dinero necesaria para costear viajes hacia la capital provincial.

Los marcos familiares y de organización colectiva barrial se transformaron en soportes nodales para la actividad diaria de aquellos pobladores que se dedicaron de manera permanente a actividades asociadas con la demanda de titularidad de la tierra ocupada. Como se trataba de tareas que requerían cierta exclusividad temporal, era común que se renunciara a empleos medianamente estables, contando a cambio con el aporte salarial de otros miembros del grupo familiar, con labores en comercios barriales (verdulerías, almacenes, kioscos, etc.) o trabajos eventuales.

De esta manera, la disposición para la *lucha* o la *pelea* por la tierra generó dinámicas específicas de vida doméstica. En tal sentido, Violeta comentaba en una oportunidad,

“Yo, desde lo personal, fui entregando mi casa, mi familia, porque yo ya no tengo sábados, no tengo domingos, no tengo feriados acá ya no hay nada. (...) Yo tenía antes a mi hijo, ahora se casó, pero él siempre se enojaba porque a veces eran las diez de la noche y estábamos comiendo y venía gente y te golpeaba las manos por algún problema que tenía, entonces, él siempre me decía: ‘deciles que estás comiendo y no podés atenderlos’”.

Dora, del barrio Santa Emilia, rememorando la participación inicial de su pareja en la Junta Vecinal, y la de ella tiempo después, relataba:

“Tuvimos un almacén y verdulería, se vendía un montón y después empezamos con esto. Conocimos a los muchachos de la Junta y empezó mi marido, él fue uno de los que dieron pie a la Junta vecinal, y ya era estar más tiempo. Yo primero no quería saber nada, de verdad, yo le decía: ‘vos te pasas todo el tiempo ahí, estás ahí, no tenés ningún beneficio’. Él trabajaba de noche, trabajaba con ascensores y cuando vinimos acá dejó para estar con el negocio y después con la Junta, y a mí me reventaba eso porque yo me tenía que quedar con los chicos, llevar al colegio a los chicos, atender el negocio, todo era cargar sobre mí. Él estuvo como tres o cuatro años y

después dejó la junta y empezó a trabajar de nuevo con los ascensores y cerramos el negocio. Y, ya ahí, me metí yo con la Subcomisión de Damas. Cuando hicimos la Comisión de Damas nos metimos de lleno todas, para levantar la sala de salud, y ahí me metí de lleno, y ahora las peleas son con mi marido, él me dice que deje”.

En la etapa de mi trabajo de campo, observé cómo grupos familiares contribuían cotidianamente para la participación de aquellos antiguos referentes de la *lucha* o la *pelea* por la tierra convertidos en activos integrantes del movimiento de desocupados, más aún donde las mismas viviendas constituían puntos de movilización colectiva y de contraprestación en políticas estatales. Una parte de las familias asistía mediante tareas vinculadas con el manejo de políticas estatales: inscribir habitantes del barrio en listas de espera por vacantes en programas de empleo, asentar en planillas oficiales a niños que concurrían al comedor comunitario, registrar en computadoras la distribución de alimentos, etc. También colaboraban en aquellas rutinas ligadas con la movilización, como comunicar días y horarios de manifestaciones, asambleas o reuniones, y en otras menos visibles, continuas y cotidianas como consignar nombre y solicitud -medicinas, turnos médicos, problemas laborales, dificultades judiciales con familiares, etc.- de todas aquellas personas que se acercaban en procura de “ayuda”. Otros se empleaban en actividades asalariadas, mientras que el resto asumía responsabilidades en quehaceres hogareños: limpieza, compra y cocción de alimentos, acompañamiento en temas escolares y sanitarios, y aseo de los niños de la familia.

Como expresan palabras citadas más arriba, el aspecto sacrificial que reviste la activación de causas, como en su momento fue la reivindicación de la tierra ocupada y más tarde alimentos y trabajo para desocupados, solía atestiguar a través de la cuantificación del tiempo dedicado a los asuntos de otros (*vecinos, desocupados, pobres*) con relación al tiempo requerido por la organización doméstica. La situación deficitaria de las viviendas, en comparación con construcciones más sólidas del resto de los pobladores del barrio, era otro de los indicadores esgrimidos para probar públicamente el nivel de involucramiento permanente en instancias de movilización colectiva y de vínculo cotidiano con sedes gubernamentales.

Es posible sostener que las personas de sectores subalternos que asumen tareas de representación de colectivos –por ejemplo, *ocupantes, desocupados o pobres*- frente al Estado son, en gran medida, cedidas por los grupos domésticos, poniéndose en marcha una compleja división de tareas para sostener en el tiempo ese involucramiento. La asociación barrial también coopera para esa dedicación permanente, inscribiéndose además, como atestigua el caso del barrio Santa Emilia, en tradiciones organizativas de partidos políticos.

Como consecuencia, aquello que aparece como una relación entre individuos en situaciones de interacción en las ventanillas de las oficinas estatales, o en el vínculo que los referentes/dirigentes traman con cada uno de los habitantes de los barrios, debe leerse como resultado del trabajo ensamblado de colectivos tales como grupos familiares y/o asociaciones locales.

Las relaciones que habilitan a las personas para dedicar tiempo a la organización colectiva o, más en general, a sostener cotidianamente demandas en las ventanillas del Estado cobraron relevancia en estudios contemporáneos que enfocan la intersección de lo doméstico y lo público. El seguimiento etnográfico de inquilinos pauperizados en un barrio de vivienda social en París propone la categoría de recorrido para dar cuenta de los vínculos con el organismo administrador del complejo habitacional a través de demandas tan variadas como el pedido de ingreso a ese tipo de viviendas, el cambio de domo por razones de insalubridad o la solicitud de reparaciones edilicias. La reconstrucción de recorridos muestra el trabajo de las mujeres ante las oficinas estatales, una suerte de política desde abajo, que se nutre de lo doméstico y moviliza recursos tales como el conocimiento práctico que se incorpora en la acción, la inversión y cuantificación del tiempo, las tácticas para humanizar la relación con profesionales del sector público, la organización de legajos para probar la legitimidad del reclamo y el acompañamiento de figuras prominentes en la comunidad -sacerdote, médicos o maestros- (Schijman y Laé, 2011). En el caso de etnografías más atentas a la vida de los movimientos sociales, como los que demandan tierra en Brasil y Sudáfrica, la apuesta consiste en tratar a los militantes sin reducirlos al movimiento para restituir la diversidad de pertenencias e involucramientos simultáneos. La cuestión, entonces, consiste en entender cómo los militantes lidian con esas pertenencias a lo largo del tiempo, las cuales se presentan cotidianamente en forma de dilemas, tales como el dinero necesario para vivir diariamente, los requerimientos familiares, las exigencias de los grupos representados, o las reclamaciones de ONGs y de los propios movimientos (Rosa, 2011).

Si la personalización del vínculo con el Estado constituye una dimensión clave de la acción política, las etnografías reseñadas y mi propia investigación estarían indicando procesos de trabajo colectivo -en el caso de Francia más del orden de lo doméstico y de división genérica del trabajo- que tensionados y dilemáticos, posibilitan que algunas personas condensen relaciones sociales. En otras palabras, para estar en las ventanillas del Estado diariamente u organizando colectivamente a las poblaciones se requiere de trabajo colectivo. La división del trabajo doméstico es el terreno fundante en el que se asientan, disputadamente, los arreglos necesarios para que personas de sectores subalternos dediquen su tiempo a involucrarse en movimientos y

en negociaciones con el Estado, así como también el que protagonizan las asociaciones barriales.

El trabajo colectivo de los sectores subalternos, a través de familias y asociaciones, no ha sido destacado en sus profundos aspectos, tampoco se han extraído todas las posibilidades analíticas que ofrece. Es plausible que esto se deba a que gran parte de los análisis se concentra en desentrañar las motivaciones individuales para la acción colectiva. En este sentido, la escuela estadounidense de la acción colectiva progresivamente complejizó las motivaciones para la acción sumando a las de orden material dimensiones cognitivas, culturales y emotivas (Calhoun, 1999; Goodwin, Jasper y Polleta, 2001). De esta manera, la obligación, la reputación, el honor o la indignación pasaron a concebirse como incentivos para la movilización tan poderosos como los materiales (Calhoun, 1999). A su turno, etnografías en barrios del Gran Buenos Aires con movimientos de desocupados y peronistas contribuyeron para superar la jerarquía ontológica de las razones instrumentales sobre otras morales para explicar las motivaciones que conducen a los sectores populares hacia la acción política. Si bien en este caso se dio cuenta de tramas interpersonales y familiares, se mantuvo el interrogante básico sobre las motivaciones para la acción, por ello, el argumento se orientó a ofrecer una perspectiva de la política vivida, mostrando que la pasión y el placer en el hacer cotidiano se encuentran en el origen y en la continuidad de la participación política (Quirós, 2006, 2011).

Estoy tratando de argumentar que los individuos motivados que suelen aprehender los estudios de acción colectiva o aquellos que restituyen tramas interpersonales son el producto, siempre cambiante, del trabajo colectivo. Quizá la atención sobre la particularidad de ese trabajo colectivo habilite nuevas preguntas, distintas, a aquellas centradas en las motivaciones para la acción.

La división del trabajo doméstico y de las asociaciones barriales coopera para que se personalice el vínculo con el Estado, y en ese movimiento el Estado también se personaliza en un conjunto de agentes. En este sentido, en la *lucha* o la *pelea* por la tierra se sedimentaron habilidades para concertar entrevistas y compromisos personales con funcionarios gubernamentales, senadores y diputados. En una oportunidad, Mauricio comentaba:

“Rubén fue una de las personas que no inició a nosotros, nos inició institucionalmente, nos dijo: ‘muchachos esto se hace así, así y así’. Él, en ese entonces, era promotor del Ente del Conurbano en Matanza, nos abrió muchas puertas. Creo que vos sabés como es el tema burocrático y administrativo en lo político -que es muy dilatado, muy desgastante- y te cansa. Entonces, él nos abrió puertas, nos encaminó y nos dejó ahí y nos dijo: ‘de acá para adentro son ustedes los que

tienen que manejarse'. Pero para nosotros fue una ayuda enorme, porque había que llegar a ese punto, a entrevistarte con el Presidente del Ente.”

Con relación a lo anterior, Ramón de Santa Emilia sostenía:

“Fuimos tantas veces a La Plata, nos hemos peleado con tantos, pero también hemos encontrado funcionarios que realmente nos han dado una buena mano. En la Legislatura recorriamos todos los espacios, todos los legisladores... Nos íbamos en colectivo, nos tomábamos La Costera Criolla en la rotonda de San Justo, con todas las carpetas. Salíamos a eso de las seis o las siete de la mañana y volvíamos a eso de las once de la noche. Continuamente era eso así (...)”

De modo global, es posible sostener que aquellos pobladores que viajaban a la capital provincial desarrollaron habilidades para *manejar* relaciones con el Estado, como ordenar y encargar la documentación, solicitar audiencias con autoridades gubernamentales y legisladores, participar en reuniones con personas de diferente rango y establecer lazos de proximidad con algunos funcionarios públicos. Como pusieron de manifiesto otros trabajos, aquí se juega una suerte de saber práctico agenciado en la propia acción política y reactualizado temporalmente en el curso de distintas demandas (Lazar, 2008; Manzano, 2011).

Si bien quienes procuraban representar a los barrios Santa Emilia y Tierra Nuestra frente al Estado compartieron el mismo esfuerzo para personalizar vínculos cotidianos con agentes gubernamentales, sus maneras de concebir y, en cierto modo, practicar la política eran diferentes.

Violeta y Mauricio cuestionaban frecuentemente el proceder de los integrantes de la Junta Vecinal del barrio Santa Emilia, ya sea cuando recordaban la *pelea* por la tierra como cuando se referían a “los desocupados”, acentuando aquellos aspectos que los separaban:

“Tenemos otra metodología de trabajo, Juan Carlos te quería encausar el trabajo que estabas haciendo en los barrios políticamente. Si vos ves, ellos no tienen logros. No logró el mejorado del barrio, no logró la salita, ni la luminaria, porque distorsionan y mezclan el trabajo social con el político. Si vos mezclás el trabajo barrial con el trabajo político te rompe todo, te distorsiona todo porque ya la gente dice: ‘bueno, ¿a qué están jugando?’, y vos no lograrás nada, no lograrás objetivos concretos (...)”

Como puntalicé más arriba, Mauricio y Violeta cobraron protagonismo en el barrio Tierra Nuestra a través de la implementación de políticas estatales, particularmente de un programa

orientado a la distribución de alimentos para familias en situación de pobreza. Por medio de esa tarea se vincularon con militantes de un sector del peronismo bonaerense con cierto control sobre áreas gubernamentales del nivel provincial. Con el tiempo, aprendieron una modalidad de acción política concentrada en el trabajo por objetivos y en la medición de logros alcanzados, por ello valoraban en tanto indicadores de éxito la electrificación de la zona, la regularización de la tenencia de la tierra, la construcción de un jardín de infantes y de una escuela primaria. La política era entendida como un trabajo que se desarrollaba en paralelo al trabajo por el barrio, este último desplegado en el seno de instituciones como sociedades de fomento o clubes. Como consecuencia, la política quedaba asociada a espacios y tiempos delimitados: instituciones estatales y momentos electorales.

Esta distinción entre la política y lo barrial/social posiblemente se vinculó con lo que otros autores, siguiendo a Pierre Bourdieu, sostienen como características de la división del trabajo político bajo el neoliberalismo. En una etnografía realizada en un distrito de la zona sur del Gran Buenos Aires, se identificaron nuevas reglas del trabajo político durante la década del 90, sustentadas en el abandono de la comunidad histórica de referencia para la política en el área como fue la causa villera y sus componentes –tierra, urbanización, etc.- (Frederic, 2004). La deserción de la categoría *villeros* como *leitmotiv* para la acción y su reemplazo por la de vecinos, más despolitizada y homogénea, trajo aparejada la profesionalización de los políticos y la exclusión de los villeros del espacio estatal y de la sucesión política, confinándolos al espacio del barrio. Como parte del reordenamiento neoliberal, entonces, la política se separa del barrio y de lo social, siendo los dos últimos dominios los terrenos para reuniones, jornadas y capacitaciones técnicas, para la labor institucional (clubes, sociedades de fomento, centros culturales, etc.) y para la ejecución de proyectos con objetivos acotados en el tiempo (Frederic, 2004)

Es posible sostener que Mauricio y Violeta ingresaron a la vida política a través de las políticas públicas, vinculándose con sectores del peronismo que contribuyeron a configurar una modalidad de acción política que separa lo político de lo barrial/social como dominios diferenciados. Fue a través de esos lazos que se entrenaron en la práctica política de relación cotidiana con agencias estatales.

Por su parte, los dirigentes de Santa Emilia agenciaron otro modo de entender lo político afianzado en la reivindicación de la lucha colectiva. En contraposición con aquello que Mauricio y Violeta entendían como carencias de Santa Emilia, los pobladores de allí ponderaban distintas materializaciones en el barrio en tanto logros de la lucha colectiva. Con relación a esto, vale reproducir en extenso una conversación con Adelina:

“Comenzamos a ver el tema de las tierras, empezamos a caminar, presentamos un proyecto de ley que sea accesible para que puedan pagar los vecinos, tomando en cuenta que todo esto era un campo rural inhabitable, y un montón de cosas que nosotros teníamos que hacerle ver al gobierno, al Estado, de que nosotros lo habíamos mejorado por eso teníamos una vereda, teníamos una calle abierta, y habíamos logrado que entre una línea de colectivo, que era una línea trucha, un carcacho que se caía a pedazos, pero era lo único que teníamos porque si no teníamos que caminar hasta la ruta.(...) Nosotros decíamos: tenemos que conseguir médicos que vengan ad-honorem y tenemos que construir una salita, así que lo primero que se había construido era una salita de tres por tres, diríamos, que ahí era donde era nuestra sede. Era de canto y el techo era de cartón, o sea que cuando se llovía o había viento al techo tenía que ir a buscarlo allá o si caían piedras se agujeraba todo, un desastre, pero igualmente seguíamos batallando. Conseguimos el nombramiento del médico y después conseguimos el nombramiento de la enfermera. Nos movilizábamos de repente a La Plata o al municipio. (...) Y después, bueno, tratar de tener el tendido de la red de electricidad para darnos luz, así que teníamos que tratar de ir a Segba, en ese momento era Segba, que estaba acá en el kilómetro 26, a manifestarnos y pedirles que nosotros necesitábamos que entre la luz al barrio. Así que fue todo el proceso de luchas, luchas y luchas para poder conseguir cosas para nuestro barrio, pero una vez que las conseguíamos eran logros que nosotros poníamos en un cuadrito. Y después sabíamos también que habíamos ocupado por la necesidad, todos habíamos ocupado las tierras, y no teníamos para construir una escuela, entonces nos pusimos, diríamos, nos insertamos como colaboradores dentro de la cooperadora de la escuela 187, que era esta escuela, que funcionaba acá [Refiriéndose al edificio donde a partir de la década del noventa comenzó a funcionar la sede central de la CCC, y al lugar donde conversábamos, V.M], entonces nosotros, como nuestros hijos venían a esta escuela, éramos parte de la cooperadora y le decíamos a los papás: nos tenemos que organizar para ver cómo podemos hacer para que construyan una escuela como corresponde, porque esto no puede estar así (...).”

La lucha colectiva refiere al procedimiento privilegiado para obtener recursos, minimizando el impacto del aprendizaje acerca del funcionamiento institucional del Estado. Al mismo tiempo, indica un proceso vivido y compartido que se expresa en el conjunto de materializaciones en el barrio: sala de salud, transporte público, calles delimitadas, veredas, o arroyos limpios.

Es posible sostener que el acento en la lucha colectiva dialoga con lineamientos más generales del Partido Comunista Revolucionario del cual formaban parte activa distintos miembros de la Junta Vecinal del barrio Santa Emilia. En mi etapa del trabajo de campo, dirigentes de la Junta Vecinal se habían transformado en figuras nacionales de la CCC. Esta corriente, formada en el año 1994, se apoyaba en el “análisis de la realidad política” del Partido Comunista

Revolucionario, el cual definió una triple crisis –económica, social y política–, cuya causa era la sobreproducción del sistema capitalista a nivel mundial, y diagnosticó el “auge de masas”, sobre todo luego de los hechos ocurridos en la provincia de Santiago del Estero en diciembre de 1993, conocidos como “Santiagueñazo”. En virtud de estas caracterizaciones, su propuesta se concentró en abandonar la participación en elecciones con listas de candidatos, llamar al voto nulo o blanco, e impulsar “puebladas”. Esto último se bautizó como la “lucha por el Argentinazo”, entendida como una “pueblada nacional” que retomaba el modelo del “Cordobazo” de 1969. El énfasis en la lucha, entonces, se inscribe en una concepción insurreccional de la acción política que conlleva una visión del Estado reducida a instrumento de las clases dominantes, omnipotente y omnisciente en cuanto a su capacidad de control (Moreno, 2010).

Más allá de los modos diferenciales de imaginar la política, la personalización del Estado en sus agentes constituye un movimiento común del que participaban tanto los dirigentes de Tierra Nuestra como de Santa Emilia. En el caso de Tierra Nuestra, la *pelea* diaria era vivida como el insumo clave para lograr acuerdos institucionales que volvían como mejoras para el barrio. En cuanto a Santa Emilia, el trabajo cotidiano incorporado en la *lucha* colectiva reportaba recursos pero, a la vez, formaba parte de una estrategia política insurreccional de largo plazo.

Tierra Nuestra y Santa Emilia también compartían una forma de tramar relaciones con el Estado mediante la movilización y la demostración de fuerza colectiva, refiriéndose a la sanción de la ley de expropiación de las tierras ocupadas, Juan Carlos, presidente de la Junta Vecinal del barrio Santa Emilia y coordinador nacional de los desocupados de la CCC, decía:

“Tomamos el Parlamento. Fuimos todos los barrios. Salimos de madrugada y estuvimos allá a las nueve de la mañana. Y de a poquito, de a poquito, fuimos entrando donde estaban todos los senadores y diputados: ‘Acá aprueban o revientan’...”

Con relación al reclamo de suministro eléctrico, Mauricio relataba:

“Cuando vino la empresa nueva medio que se generó un poco de bronca, es más, nos cortó los cables y salió toda la gente a la ruta, a la ruta 3. Agarramos un camión, esos de EDENOR, de esos que levantan unas terribles grúas, se lo volcamos, se hizo un poco de apriete, y eso ayudó, todo ayudó, el conflicto ayudó para que se electrificara y que saliera más rápido...”

Las demostraciones colectivas variaban en su forma, diversificándose en tomas de edificios públicos y sedes legislativas, cortes de ruta, manifestaciones callejeras, huelgas de hambre o campamentos en plazas céntricas.

La personalización y la demostración colectiva se combinaban en una modalidad de relación con el Estado que apuntaba a producir acuerdos. Como parte de las negociaciones, se calculaban los tiempos en volver efectivos los puntos acordados con funcionarios gubernamentales o se implementaban técnicas como la elaboración conjunta de censos y encuestas para estimar el alcance poblacional de las políticas convenidas (programas de electrificación, cantidad de familias por lote, etc.). En ese camino, uno de los acuerdos más significativos se materializó cuando la Legislatura de la provincia de Buenos Aires sancionó la Ley de expropiación de las tierras sobre las cuales se habían construido Tierra Nueva y Santa Emilia. El Estado provincial adquirió las tierras con una partida presupuestaria del Ente del Conurbano Bonaerense y en un acto celebrado en septiembre de 1995, en Santa Emilia, el Presidente de la Nación entregó títulos de propiedad a pobladores de ambos barrios.

Movilizar resulta una tarea compleja que requiere de la coordinación de las fuerzas a ser mostradas públicamente. Este asunto mereció una marcada atención en una etnografía sobre asociaciones de vendedores ambulantes y juntas vecinales en la ciudad de El Alto –Bolivia- (Lazar, 2008). La antropóloga inglesa Sian Lazar muestra en ese estudio cómo trabajan las asociaciones para sacar personas a las calles y movilizarlas, destacando el papel que juegan las obligaciones recíprocas aceitadas en prácticas cotidianas así como también rituales (compartir comida y bebida o bailar). La movilización es un mecanismo clave para el establecimiento de relaciones con el Estado, especialmente cuando las mismas suelen pautarse mediante la intensidad de la protesta, o, asimismo, ante estados, como el boliviano, que lejos de negociar con individuos aislados lo hacen con sujetos representativos de colectivos.

Volviendo sobre nuestro caso, considero que la división del trabajo doméstico y de las asociaciones barriales no sólo produce la personalización del vínculo con el Estado, poniendo en movimiento cotidiano a un conjunto de individuos que ceden de su seno para representar a colectivos, sino que también sostienen diariamente aquellas prácticas que tornan posible que las personas se muestren como fuerza colectiva. Entonces, entre el tramitar rutinario y el movilizar situacional se ordenan las relaciones de los sectores subalternos con el Estado, al menos esto parece ser así para el caso del Gran Buenos Aires durante los últimos treinta años.

## **Palabras finales**

La década del ochenta es sumamente relevante para comprender las acciones políticas en el Gran Buenos Aires, particularmente la configuración de modalidades de relación entre poblaciones organizadas colectivamente y el Estado. Esa década no sólo indica que los pobladores de la región comenzaron a tomar parte de ocupaciones de tierras, de la implementación de políticas estatales y de movimientos de desocupados/piqueteros, sino que también señala una nueva agenda para las ciencias sociales, que en sus versiones preponderantes tendió a captar analíticamente las reglas de funcionamiento que separan fenómenos como movimientos sociales, partidos políticos y Estado. De esas investigaciones pioneras, se heredó un esquema a base de razonamientos dicotómicos que aún actúa para generar preguntas e interpretaciones sobre los procesos políticos que protagonizan los “sectores populares”. Esquema que revaloriza la política (luchas propositivas) por sobre lo que se define como estrategias de supervivencia y luchas reivindicativas; la participación en nuevos movimientos sociales, de carácter autónomo, por sobre la activación en partidos políticos que se supone basada en intercambios clientelares. En el mismo sentido, la relación con el Estado se vislumbra cargada de tensión, por un lado, los nuevos movimientos sociales contarían con la potencialidad para democratizar el sistema político, pero, por otro, estarían sujetos a tentativas de institucionalización y cooptación estatal.

A diferencia de esquemas que insisten en la escisión entre movimientos, partidos y Estado, dos trabajos antropológicos sobre Bolivia realzan una suerte de lógica de la combinación para comprender la conciencia de los trabajadores mineros de Oruro (Nash, 1979) y las prácticas cotidianas de ciudadanía en la ciudad de El Alto (Lazar, 2008). Puntualmente, mostraron cómo los sujetos constituyen agencia política mediante prácticas arquetípicamente liberales, como el voto, pero en combinación, de acuerdo con las circunstancias, con tradiciones colectivistas rastreables en prácticas comunales, en el sindicalismo trotskista o en el anarco sindicalismo.

De esta manera, inspirándome en las ideas que sugieren los planteos de Nash y Lazar, en este artículo intenté poner de relieve cómo aquellas personas que participaron de ocupaciones de tierras combinan saberes relativos a la implementación de políticas estatales, a lineamientos de partidos políticos –sectores del peronismo y del Partido Comunista Revolucionario de orientación maoísta en los casos estudiados- y a tradiciones de organización colectiva en el ámbito del barrio, que en el Gran Buenos Aires tienen un peso sustancial debido a que la región se urbanizó desde la década de los cuarenta a través de la acción de pobladores asociados.

Tal como sostuve en otros trabajos (Manzano, 2011), en mis encuentros con personas que habían ocupado tierras en la década del ochenta, convertidos en integrantes activos del movimiento de desocupados en los años noventa, descubrí el profundo aprendizaje que habían

logrado para *mover temas* (tierra, asfalto, escuela, mercadería, trabajo). Se trata de un aprendizaje tendiente a movilizar la estructura institucional del Estado a través de trámites personalizados así como también mediante demostraciones de fuerza colectiva. Durante tres décadas, agenciaron el lenguaje de la lucha colectiva, de las políticas, de los partidos políticos, y de la institucionalidad del Estado, que manejan con cierta destreza de manera simultánea y de acuerdo con contextos históricos singulares.

Desde mi punto de vista, las ocupaciones de tierras de la década del ochenta se constituyeron en un modelo de relación con el Estado que suele retomarse en distintos momentos históricos, por ejemplo para demandar trabajo frente al aumento en los índices de desempleo. Este modelo se distingue por la capacidad de generar iniciativas en torno a la provisión de diversos bienes -tierra, luz eléctrica, agua, escuelas, centros sanitarios, trabajo, etc.-, que requieren la intervención del Estado. Por la acción directa consistente en ocupar tierras y espacios públicos en general (dependencias gubernamentales, plazas, rutas, etc.) como una forma de presentar públicamente demandas y forzar el compromiso de funcionarios gubernamentales. Por habilidades aprendidas respecto de los mecanismos de funcionamiento cotidiano de las dependencias estatales: tecnologías de presentación de reclamaciones -encuestas, censos, cartas, petitorios, etc.-, procedimientos sobre circulación de expedientes, tipologías de trámites, y convenciones para tratar con legisladores o autoridades públicas. Y, por la labor de entidades como juntas vecinales, sociedades de fomento y cooperativas.

En suma, se trata de una modalidad configurada en torno al Estado como interlocutor principal y en la cual se destacan procesos que incorporan medidas de fuerza directa e instancias de negociación y concertación.

Es probable que en este artículo, el Estado haya sido tratado fundamentalmente como interlocutor de demandas que levantan poblaciones organizadas colectivamente. No obstante esto, también se puede apreciar como el Estado aparece fomentando ocupaciones de tierras, articulando a la población con la institucionalidad gubernamental a través de políticas públicas, o extendiéndose por medio de la acción colectiva, especialmente cuando los pobladores logran construir escuelas o centros sanitarios, o ganar control para ampliar el alcance poblacional de programas estatales -empleo transitorio para desocupados, alimentos para familias pobres o regularización de la tenencia de la tierra-. Me interesa destacar el movimiento dialéctico que se expresa en construir espacios para la acción política *desde* y *contra* la intervención estatal. Habiendo llegado a este punto, es indudable que futuros trabajos requieren de los esfuerzos que la antropología viene realizando para estudiar el Estado. Me refiero al desplazamiento del abordaje del Estado en tanto que entidad esencial, fija, coherente, abstracta y reificada para dar

cuenta de procesos históricos y culturales que definen variablemente qué prácticas se encuentran *dentro* o *fuera* del Estado (Schavelzon, 2009). Por otra parte, es preciso atender a la manera en que las personas movilizadas forjan sus estrategias frente a instituciones asociadas a lo estatal pero también ante prácticas de regulación más fragmentadas y dispersas (Lagos y Calla, 2007) Por último, la división del trabajo en el seno de grupos domésticos y de asociaciones barriales colabora para producir personalización y movilización colectiva como instancias centrales de vínculo con el Estado. De un Estado, recordemos, que negocia con individuos en tanto representantes de colectivos. Cuando subrayo esta dimensión, no estoy sugiriendo la invalidez de la pregunta académica acerca de las motivaciones para la acción colectiva, puesto que en ese sentido se hicieron aportes significativos para mostrar que las personas no sólo se movilizan por razones materiales sino que también lo hacen, entre otras cuestiones, por el reconocimiento, la dignidad o el honor así como por el placer en el hacer cotidiano. Lo que intento enfatizar es que las interacciones individuales que constituyen la base del razonamiento de los estudios sobre motivación, representan un aspecto parcial de relaciones de fuerzas históricamente situadas. Por eso mismo, al considerar las interacciones entre individuos como resultado de relaciones de poder asimétricamente constituidas, mi pregunta se orienta a conocer los procesos mediante los cuales los sectores subalternos ceden a algunos de sus miembros para que se dediquen de un modo más permanente a establecer vínculos cotidianos con agentes estatales y a organizar a la población como colectivo movilizado. En este sentido, entiendo que el trabajo ensamblado de grupos domésticos y asociaciones barriales resulta nodal, ubicándose en ese espacio intermedio difícil de asir tanto en la literatura que visualiza nuevos movimientos sociales como un todo homogéneo o en aquella otra que se detiene en el análisis de relaciones interpersonales.

## **Bibliografía**

ALVAREZ, S., DAGNINO, E., ESCOBAR, A. (1998): *Cultures of politics/politics of cultures: Re-visioning Latin American Movements*. Westview Press. Boulder.

ARISTIZÁBAL, Z., IZAGUIRRE, I. (1988): *Las tomas de tierras en el Sur del Gran Buenos Aires. Un ejercicio de formación de poder en el campo popular*. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires.

CALDERÓN, F. (1995): *Movimientos sociales y política. La década de los ochenta en Latinoamérica*. Siglo XXI. México.

CALHOUN, C. (1999): “El problema de la identidad en la acción colectiva” en *Caja de Herramientas. El lugar de la cultura en la sociología norteamericana*. Auyero, J. (COMP). Universidad Nacional de Quilmes. Buenos Aires.

CRAVINO, C. (2006): *Las villas de la ciudad. Mercado e informalidad urbana*. Universidad Nacional de General Sarmiento. Los Polvorines.

DELAMATA, G. (2004): *Los barrios desbordados. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires*. Libros del Rojas. Buenos Aires.

FREDERIC, S. (2004): *Buenos vecinos, malos políticos. Moralidad y política en el Gran Buenos Aires*. Prometeo. Buenos Aires.

GAZTAÑAGA, J. (2009): “La política como construcción social y un análisis comparativo de tres casos etnográficos” en *Política, instituciones y gobierno: abordajes y perspectivas antropológicas sobre el hacer política*. Boivin, M., Herdia, B. y Rosato, A. (COMP). Antropofagia. Buenos Aires.

GÓMEZ, M. (2010): “Acerca del protagonismo político y la participación estatal de los movimientos sociales populares: falacias, alucinaciones y cegueras del paradigma normal de análisis” en *Movilizaciones, protestas e identidades políticas en la Argentina del bicentenario*. Massetti, A., Villanueva, E. y Gómez, M. (COMP). Nueva Trilce. Buenos Aires.

GOODWIN, J., JASPER, J. and POLLETA, F. (2001): *Passionate Politics. Emotions and Social Movements*. The University of Chicago Press. Chicago-Londres.

GRAMSCI, A. (1997): *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Nueva Visión. Buenos Aires.

GRASSI, E. (2003): *Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal. La otra década infame (I)*. Espacio Editorial. Buenos Aires.

GRIMBERG, M. (1997): *Demanda, negociación y salud. Antropología social de las representaciones y prácticas de trabajadores gráficos 1984-1990*. Facultad de Filosofía y Letras-CBC/UBA. Buenos Aires.

GRIMBERG, M., ERNANDEZ MACEDO, M. Y MANZANO, V. (2011): *Etnografía de tramas políticas colectivas: Estudios en Argentina y Brasil*. Antropofagia. Buenos Aires.

JELÍN, E. (1987): “Movimientos sociales y consolidación democrática en la Argentina actual” en *Movimientos sociales y democracia emergente/1*. Jelín, E. (COMP). Centro Editor de América Latina. Buenos Aires.

LAGOS, M. Y CALLA, P. (2007): *Antropología del Estado. Dominación y prácticas de contestatarias en América Latina*. Cuadernos de Futuro. La Paz-Bolivia.

LAZAR, S. (2008): *El Alto, Rebel City. Self and Citizenship in Andean Bolivia.*: Duke University Press. Durham and London

MANZANO, V. (2007): “De La Matanza Obrera a Capital Nacional del Piquete”. Etnografía de procesos políticos y cotidianos en contextos de transformación social. *Tesis de Doctorado*. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

MANZANO, V. (2011). “El hacerse y (des) hacerse del movimiento. Sobre espacios etnográficos y espacios en movimiento en el Gran Buenos Aires” en *Antropología de tramas políticas: Estudios en Argentina y Brasil*. Grimberg, M., Hernández Macedo, M. y Manzano, V. (COMP). Antropofagia. Buenos Aires.

McADAM, D., TARROW, S. and TILLY, Ch. (2001): *Dynamics of Contention*. Cambridge University Press. New York.

MERKLEN, D. (1991): *Asentamientos de La Matanza. La terquedad de lo nuestro*. Catálogos Editora. Buenos Aires.

MERKLEN, D. (2005): *Pobres Ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Editorial Gorla. Buenos Aires.

MORENO, J. E. (2010): “¿Lo tomo, lo dejo, lo rompo o lo uso?. Concepciones sobre el Estado y estrategias políticas entre las organizaciones del campo popular” en *Movilizaciones, protestas e identidades políticas en la Argentina del bicentenario*. Massetti, A., Villanueva, E. y Gómez, M. (COMP). Nueva Trilce. Buenos Aires.

NASH, J. (1979): *We eat the mines and the mines eat us. Dependency and exploitation in Bolivian tin mines*. Columbia University Press. New York

PERELMITER, L. (2010). “Militar el Estado. La incorporación de movimientos sociales de desocupados en la gestión de políticas sociales. Argentina (2003-2008)” en *Movilizaciones, protestas e identidades políticas en la Argentina del bicentenario*. Massetti, A., Villanueva, E. y Gómez, M. Nueva Trilce. Buenos Aires.

QUIRÓS, J. (2006): *Cruzando la Sarmiento. Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*. Antropofagia. Buenos Aires.

QUIRÓS, J. (2011): *El porqué de los que van. Peronistas y piqueteros en el Gran Buenos Aires (una antropología de la política vivida)*. Antropofagia. Buenos Aires.

ROSA, C. M. (2011): “Mas Eu Fui Uma Estrela de Futebol!. As incoerências sociológicas e as controvérsias sociais de um militante sem-terra sul-africano”. *Mana. Estudos de Antropologia Social*. Volume 17, N° 2. UFRJ, Rio de Janeiro. (Págs. 365-394).

ROSEBERRY, W. (1994): “Hegemony and the language of contention” in *Everyday forms of state formation. Revolution and the negotiation of rule in modern Mexico*. Joseph, G. and Nugent, D. (EDITORS). Duke University Press. Durham and London.

SCHAVELZON, S. (2009) : “La antropología del estado, su lugar y algunas de sus problemáticas”. *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*. Año VIII, N° IX. Colegio de Graduados en Antropología de la República Argentina. Buenos Aires (Págs. 75-99).

SCHIJMAN, E. y LAÉ, J. F. (2011): “Las rondas de las mujeres por las ventanillas del Estado. Etnografía de un trabajo invisible”. *Trabajo y Sociedad*, N° 16, vol. XV. Santiago del Estero. (Págs. 67-83)

SVAMPA, M. y PEREYRA, S. (2003): *Entre la Ruta y el Barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Biblos. Buenos Aires.

TARROW, S. (1997): *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Alianza. Madrid.

TILLY, Ch. (2000): “Acción colectiva”. *Apuntes de Investigación del CECyP*. Buenos Aires (págs. 9-32).

THOMPSON, E. P. (1984): *Tradición, revuelta y conciencia de clases*. Crítica. Madrid.

TOURAINE, A. (1984): *Los movimientos sociales*. El Nacional. México, D.F.